

ca y esté adulto (quince ó más metros de altura) necesitará podas frecuentes, tal vez una o más veces por año durante muchos años consecutivos, mientras que si un segundo árbol se ubica donde no tenga esta limitación, el mantenimiento que exigirá será mínimo, o incluso podría no necesitarlo en absoluto. Ahora, extrapolemos este ejemplo a los miles de árboles que están plantados en sitios inapropiados: el resultado será un costo abrumador de mantenimiento de los árboles y los arbustos ubicados en situación problemática. En el pasado, realizar las podas y el mantenimiento de los árboles mal localizados ha costado una fortuna, y va a seguir costando mientras no se ejecute un plan sistemático de reemplazo que elimine, o trasplante cuando ello sea factible desde la perspectiva técnica y económica, un gran porcentaje de estas plantas mal ubicadas debido a una inadecuada selección de la especie o por limitaciones del sitio, por otros que en el mediano y largo plazo proporcionen todos los beneficios que brinda la arborización y que, al mismo tiempo, no acarreen los efectos indeseables de un mantenimiento costoso por localización inapropiada. Luego de diagnósticos detallados las autoridades ambientales del valle de Aburrá tienen un panorama claro de lo que se tiene y lo que se quiere lograr en el corto, mediano y largo plazo para mejorar el manejo de la vegetación urbana. La publicación de este libro se articula con este plan y ofrece un mecanismo de divulgación para el público general, al tiempo que logra interesar a los especialistas: biólogos, botánicos, ingenieros forestales o ambientalistas, y también a los arquitectos e interesados en la planeación urbana.

Sin lugar a dudas, saber que el gobierno local invierte tiempo y recursos en la arborización urbana es una buena noticia. Todos conocemos, así no seamos expertos, las ventajas de tener árboles en los espacios públicos urbanos: mitigan la contaminación atmosférica al retener partículas; disminuyen el ruido al crear barreras para su difusión;

son fuente de refugio y de alimento para la fauna, en especial para las aves; suavizan la temperatura al brindar sombra en andenes y calles; embellecen los espacios públicos y contribuyen a que la ciudadanía los aprecie, respete y conserve, llegando incluso a incrementar el valor de los inmuebles. Pero los árboles ciudadanos, a diferencia de los silvestres, necesitan ser sembrados, mantenidos y, eventualmente, removidos si llegan a poner en riesgo a las personas o a la infraestructura. En dicho sentido, este libro llena un gran vacío, ya que recopila y divulga las bases para saber cómo sembrar y mantener los árboles en las ciudades; así mismo, describe e ilustra 181 especies aptas para el uso ornamental, distribuidas así: veintisiete de porte pequeño, veintiocho de tamaño mediano, 52 grandes y 44 raras, éstas últimas actualmente poco empleadas en los ambientes urbanos.

Para los amantes de los árboles, entre quienes me incluyo, Medellín y sus alrededores son un verdadero paraíso botánico: la diversidad y la belleza de la vegetación al alcance de la mano, a la vista para el disfrute y beneficio de todos. La cifra de 369 especies sembradas en el valle de Aburrá es asombrosa, y el potencial que tiene el buen manejo de esta riqueza florística es enorme: una ciudad inolvidable por la riqueza florística, por la belleza de sus árboles y por sus espacios verdes, así como por los incontables beneficios que esto trae para todos. Muchos soñamos con una nueva ciudad donde los espacios públicos inviten al gozo y esparcimiento, a la sana recreación, pilar fundamental del buen desempeño del ser humano, pero que al mismo tiempo tengan alto valor estético y una impecable calidad en términos de la silvicultura y del medio ambiente. ¡Que la ciudad entera sea una especie de museo natural al aire libre es una hermosa posibilidad! Obviamente, la arborización desempeñará un papel fundamental, siempre que se maneje con criterios técnicos y con principios de sostenibilidad. Por eso, nos alegra este florecimiento del interés

por la vegetación urbana, gracias a la acción decidida del gobierno local, que sin dudas dará sus buenos frutos en el futuro: acercarnos cada vez más a la ciudad que queremos, donde la convivencia pacífica y el respeto sean posibles, donde el medio ambiente amable invite a un mayor desarrollo de las personas y de la sociedad en conjunto.

ANA CATALINA LONDOÑO
VEGA

1. Previamente reseñada: Ana Catalina Londoño Vega, "Verde que te quiero verde", en Boletín Cultural y Bibliográfico, Banco de la República, Bogotá, vol. 35, núm. 48, 1998, págs. 86-87.
2. Ana Catalina Londoño Vega, "Santafé de Bogotá Reverdecerá", en Boletín Cultural y Bibliográfico, Bogotá, vol. 37, núm. 54, 2000, págs. 90-92.
3. Síntesis presentada durante el IV Congreso Colombiano de Botánica (Medellín, 22 al 27 de abril de 2007) por la doctora Martha Ruby Falla (Secretaría de Medio Ambiente de Medellín) y durante la exposición *Medellín florece* por la ingeniera forestal y M.Sc. Claudia Helena Hoyos, funcionaria del Área Metropolitana del Valle de Aburrá, parte integral de las acciones estratégicas para el manejo de la flora urbana de la Secretaría de Medio Ambiente y la Alcaldía de Medellín. Véase: <http://www.medellin.gov.co/medellinflorece/index.html>, y también: <http://www.metropol.gov.co>

Mi arte

Pintura siempre

Juan Gustavo Cobo Borda
Sic Editores, Bucaramanga, 2005,
231 págs.

Un apasionado. Así se podría definir, con esa única palabra, a Juan Gustavo Cobo Borda. Y como ejemplos podríamos citar bastantes trabajos que este poeta bogotano nos ha entregado a lo largo de los últimos veinte años. Poemas suyos, poemas de otros, ensayos, comentarios, antologías, son algunas de las vertientes a las que Cobo nos tiene

acostumbrados, siempre con un riguroso criterio de selección, así como con una aguda visión sobre lo que verdaderamente lo atrae, compartiendo con generosidad tanto sus conocimientos como su pasión.

Y la pasión en Cobo Borda también pasa por la pintura y tras ver durante décadas el desarrollo del arte en Colombia, nos invita a recorrer una lista de artistas que son los suyos, a los que les ha dedicado en otra oportunidad también trabajos y comentarios, pero que nunca son suficientes porque siempre hay algo nuevo que decir. Y para eso está este libro que atestigua su manera inteligente, atenta, de tener abiertos los ojos frente a las manifestaciones artísticas.

Publicado en el 2005 por la editorial Sic de Bucaramanga, el presente volumen empieza desde el análisis de la pintura de Mefisto y culmina en la pintura de los más jóvenes, trazando así un arco que abarca el arte colombiano del siglo xx, en el cual se pueden encontrar escultores como Feliza Bursztyn, Ramírez Villamizar, Édgar Negret, o pintores como Débora Arango, Luis Caballero, Lucy Tejada, Jim Amaral, Óscar Muñoz, Alberto Sojo o Lorenza Panero, por sólo mencionar algunos que ya cuentan con un nombre y ocupan un lugar en nuestra historia.



Nombres capitales que cimentaron el quehacer artístico nacional como Juan Antonio Roda tienen una amplia cabida, pues a éste le

dedica un estudio en el que recorre sus obras culminantes y analiza series tan conocidas como *El Escorial*, *Tumbas*, *Felipe IV o los Cristos*, o los propios grabados, género en el que Roda fue un maestro indiscutible, tal como queda plasmado en sus series *Amarraperros*, *Delirios de las monjas muertas* o la *Risa*.

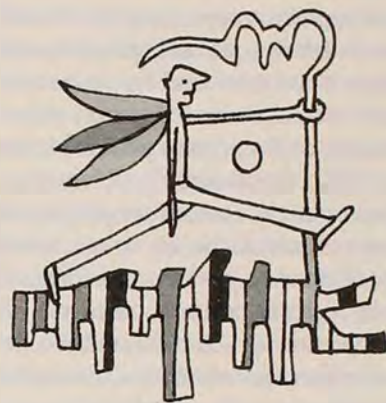
Pero lo interesante del libro no es solamente lo que dice sobre los consagrados. También su ojo nos invita a transitar por obras de artistas en pleno proceso de creación, como son el caso de Pilar Copete, María Clara Vargas, o Juan Carlos Delgado. En ellos descubrimos la manera como Cobo Borda se interesa por lo vibrante, rescatando lo valioso, lo que lo hace único.

Como si esto no fuera suficiente, *Pintura siempre* incluye comentarios sobre libros de importantes críticos de arte como Marta Traba, Francisco Gil Tovar, Carolina Ponce de León, entre los colombianos, o Damián Bayón. Y para cerrar el libro, Cobo lo abre hacia otras fronteras. Primero la Argentina, con Sábato y Pablo Obelara, para después remontarse en el tiempo para hablar de la relación entre Matisse y Picasso o para reflexionar sobre el dolor en la obra de Rembrandt.

Pese a la brevedad de los comentarios, los cuales fueron publicados en su momento en revistas, periódicos o catálogos, el gran acierto de *Pintura siempre* consiste en la concisión de conceptos, en la claridad de exposición de éstos, pues no se trata de un estudio exhaustivo ni un análisis minucioso. Más bien Cobo Borda propone un recorrido por lo que llamaría Octavio Paz “los privilegios de la vista”.

En el prólogo a otro libro sobre arte, llamado testimonial y biográfica y enfáticamente *Mis pintores*, el autor dice: “Quizás por ello escribí este libro: para reconocer, en la pintura, una de las mayores muestras de la creatividad colombiana. Para habitar en ese museo imaginario donde estos quince pintores, *Mis pintores*, me hacen mejor y más comprensivo de mí mismo y cuanto me circunda. La pintura sigue siendo el más esti-

mulante camino para recobrar la visión original que nos forma y nos constituye. Durante el siglo xx Colombia bien puede definirse a partir del rigor con que sus pintores nos han obligado a reconocer lo que antes no percibíamos”.



Palabras más que acertadas para este otro libro suyo también de pintores suyos, que nos revelan que la pintura no sólo es placer de los sentidos sino comprensión y síntesis y reflejo de un país, así como de su circunstancia histórica, política y social en la que se encuentra. Ya lo había dicho y hecho Hauser. Pero una cosa es leerlo y otra cosa aplicarlo. Son los individuos, los artistas, quienes acaban encontrando un signo, una marca, una manera de decir que va a retratar a miles de personas, y en las que esas miles de personas se verán reflejadas, algo que sin duda se ve en la obra crítica de sus maestros Ángel Rama y Damián Bayón.

El saber rastrear, el saber ver, el deleitarse, el explicar, el encontrar el marco teórico, el saber sacar datos a lo artificial. Tal parece ser el método de este regocijado poeta que ha encontrado en el campo del análisis y crítica pictórica el complemento de su poesía. Y a su vez ha traído a la poesía al campo de la pintura, de allí que no es infrecuente la cita de poemas como el de Manuel Machado sobre Rembrandt o el de Pedro Salinas sobre el dolor cuando analiza este sentimiento en la obra del holandés. Pero no se trata de citar poemas. Se trata de ver con los ojos de la poesía,

descubrir y revelar nuevas dimensiones. Como sólo saben hacerlo los poetas.

RAMÓN COTE BARAIBAR

Influencias en el pintor cartagenero

Enrique Grau. Homenaje

Bélgica Rodríguez

Villegas Editores, Bogotá, 2003,

319 págs.

Como si tuviera una fuerza propia, centrífuga, la obra de Enrique Grau (1920-2004) abarca técnicas tan distintas como los dibujos, los cuadros al óleo, las esculturas, así como también los murales y el diseño de vestuario para obras de teatro. En cada uno de esos puntos verticales, Grau se emplea hasta el fondo, gozando de un estilo que fue conquistando poco a poco hasta convertirlo en su marca personal.

La historiadora del arte venezolana Bélgica Rodríguez realiza en este libro un estudio sobre la obra polifacética del cartagenero, logrando establecer una corriente de creación desde sus primeras obras en los años cuarenta hasta sus trabajos finales en la década del noventa.

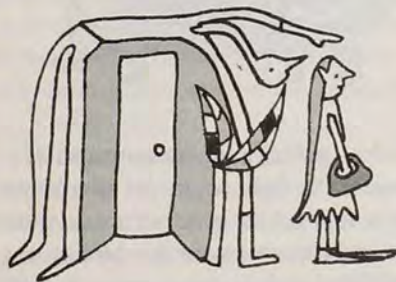
La alegría de vivir, la fastuosidad, la exageración y el colorido tropical son aspectos propios de Grau, los cuales son reconocibles en su prolífica obra. Pero resulta interesante estudiar, a la luz del análisis de Bélgica Rodríguez, cómo fue que el artista los logró capturar, hacer propios, darles vida.

Con una amplia representación de obras, este hermoso libro registra las distintas etapas de su creación, así como recrea con generosidad su trabajo mural y escultórico. El trabajo fotográfico y la consecución de las obras logran articularse a la perfección al trabajo crítico realizado por Bélgica Rodríguez quien, con una claridad conceptual y un ri-

gor propio, hacen de este libro no un homenaje estafalario y desmedido, sino más bien, un testimonio de un artista que le dio carta de naturaleza en nosotros a un arte de gran factura que se supo alimentar de un gran conocimiento de la historia universal del arte y a su vez de su propio entorno.

Una de las ambiciones de los artistas de mediados del siglo pasado fue la búsqueda de una clave: "buscar una identidad que los identificara como colombianos, a la vez que como ciudadanos del mundo. La búsqueda individual de una expresión que los distinguiera como artistas se presenta como un hecho, al tiempo que una posición disidente en preocupación común para todos".

En literatura, música y artes plásticas, el país logró, mediante sus artistas, verse reflejado en su entorno y alcanzar obras que han fundamentado algo que puede ser dicho con la palabra Identidad. García Márquez con *Cien años de soledad*, Obregón con sus cóndores, Botero con sus gordas, Ramírez Villamizar con sus abstracciones, Negret con su exploración metálica del espacio, lograron crear no solamente obras de gran calidad, sino que también se convirtieron en iconos de una sociedad necesitada de ellos. Así también sucedió con la obra de Enrique Grau: trascendió, mediante la creación de un mundo, su propia temática, para convertirse en clave del propio ser colombiano.



Aspectos como las fiestas, como la violencia, como la exageración, el colorido, se dan cabida en sus obras de una manera reiterativa, obras que en un principio transitron por un periodo geométrico que,

paradójicamente, dieron origen a sus rebosantes mujeres, a sus glotonas celebraciones. Como un Rubens tropical, como un Hals transterrado, la geometría se convirtió en volumen, en suntuosidad. Aunque nunca fueran del todo abstractos los cuadros de estos años cincuenta, Grau no abandonaría del todo la geometría pues esta le serviría después como el andamio transparente en el cual se apoyaría para la construcción de sus obras.

Tal como apunta la autora de este Homenaje, si al principio Cézanne y los periodos cubistas de Braque y Picasso signaron su obra, con posterioridad la obra de Matisse así como la de Tamayo lo fueron conduciendo por otros caminos que serían, a la postre, los que le llevaron a construir su estilo propio, auténtico, reconocible: "los volúmenes densos y agigantados, concebidos en la dimensión de la desmesura, junto al impulso decorativo, también tienen relación con su interés por lo *kitsch* presente en muchos artistas latinoamericanos" (pág. 30). Fue precisamente esa falta de pudor, esa invitación a la lujuria, ese poderío y rotundidad de las carnes, esa constante presencia del carnaval, esa desparpajada invitación al pecado, lo que le dieron esa personalidad propia a su trabajo, a la que le sumó esa gracia de su dibujo y esa iluminación de sus colores.

Pero como sucede en estos casos de precocidad y genialidad, nada es gratuito. Sus estudios sobre la pintura y el mural en Italia del Renacimiento, así como su admiración por esas puestas en escena fastuosas de un Tiziano o un Veronés, dejaron una fuerte impronta en su concepción del cuadro, como si fuera una obra de teatro, como si fuera una puesta en escena, como si al verlos se tuviera que subir un telón. Pero no todo para ahí: su estudio y apasionamiento de la pintura francesa de los siglos XVIII y XIX, Watteau e Ingres, por solo poner dos ejemplos, también fue una veta de la cual fue extrayendo sus materiales para volverlos tropicales, como un Derek Walcott de la pintura, a la que le añadiría ese gusto